Impreso por Fernando Gómez . Prohibida su reproducción.

Dos aficionados silban el himno, antes del comienzo de la final de Copa. J. LAGO / AFP

'Algunos hinchas del Athletic, mientras sonaba el himno. ANTONIO MORENO

SALVADOR SOSTRES

Dos folclores encontrados

Es de cobardes que independentistas y abertzales piten el himno de España. Sería más valiente que pagaran el precio de independizarse. Sería más valiente que no acudieran al estadio y que la final se jugara con las gradas desiertas. El mayor insulto es el que resuena en el silencio. Sería más elegante que los clubes expresaran su dignidad nacional no jugando la final de la Copa del Rey, y su decisión sería escuchada y puesta en valor en el mundo libre.

Igualmente, y por el mismo motivo, sería más valiente que España no tolerara ofensas tan evidentes, sabidas y soeces a su dignidad institucional, y que suspendiera cualquier actividad que implicara un desaire tan barriobajero a su himno y a su Rey. Silbar no es libertad de expresión. Silbar es mala educación, y un tipo de mala educación especialmente mezquino y despreciable, propio de tribus, de poblados, de masas amorfas y desestructuradas, y definitivamente alejado de la mínima higiene ciudadana y moral que tienen que exigirse los Estados modernos y civilizados.

Dos cobardías se dieron anoche cita en la final de la Copa del Rey en el Camp Nou: la de los aficionados y la del Estado, en un folclore deprimentemente autonómico, en un ritual de tribu de tribus, estéril, donde nadie ganó nada, donde todos quedaron mal. La turba demostró lo vulgar que llega a ser cuando toma el protagonismo, y quedó una vez más acreditada la incapacidad del Estado por ejercer su autoridad, por defender la jerarquía en la que cualquier sociedad ha de basarse, y el folclore reivindicativo empató con un Estado folclorizado.

Que el fútbol sirviera de algo más durante el franquismo fue dulce y tierno, e incluso audaz, y brillante. Que el Barcelona continúe siendo la estrategia del independentismo con la democracia recuperada, y que un pueblo adulto fíe su suerte a los cánticos de estadio y a las manifestaciones callejeras de los días señalados, indica falta de madurez, pensamiento naíf, y un sistema político desestructurado, en el que cualquier populismo puede convertirse en el flautista de Hamelín, como en el ayuntamiento de Barcelona ha quedado demostrado.

El populismo siempre degenera, y si el Estado no usa su preponderancia como dique de contención contra la barbarie, la barbarie avanza, y lo que se convierte en normal en los campos de fútbol llega a ser normal en la calle y acaba colapsando, por inundación, las instituciones, hasta que ya no queda nadie para defenderlas.

Ayer Cataluña y España –Euskadi también, pero en menor medida–, empataron a inanidad, a zafiedad, a cobardía, y tal vez en esto consista el equilibrio autonómico, la eterna *Escopeta Nacional* revivida en una de sus metáforas menos elaboradas.

Cuando el catalanismo se pregunte por qué naufraga una y otra vez en sus aspiraciones políticas, que busque la respuesta en tanto hincha satisfecho con su silbato. Cuando España no entienda por qué todo se desparrama, y se le escapa de las manos, que trate de recordar la primera vez que lloró como mal menor lo que no se atrevió a defender como un Estado.

A LOS PUNTOS

EMILIA LANDALUCE

El rey pasmado

El viernes nos encontramos a un ex novio que estaba a punto de casarse con otra. Chuleaba porque su padre constructor se llevaba bien con el PP pero también era amigo del marido (o del hijo) **Carmena**. «Nos va a seguir yendo igual de bien». Una amiga rememoró nuestros años mozos.

—¡Cómo puede ir así de sobrado si tiene micropene!

Esa, precisamente, no era la tara de **Jordi Pujol Ferrusola** tal y como desveló la conversación entre **Alicia Sánchez Camacho** y **María Victoria Álvarez** que se grabó La Camarga.

Otra de las revelaciones de tan singular reunión fue que el primogénito del *ex president* compró 5.000 silbatos para la pitada al himno de la final de Copa que se celebró en Mestalla en 2009. Entonces, también se enfrentaron Barcelona y Athletic Club de Bilbao. «*¡Mort al Borbo!*», gritaban. Y eso que en Valencia aún no había llegado Compromis ni el rey emérito se había despeñado por la rubia en Botsuana.

Ayer, la escena se repitió aunque sin, que sepamos, ayuda de los Pujol Ferrusola. Los jugadores miraban al frente mientras escuchaban la macropitada como si fueran el mono de *2001, Una odisea en el espacio*.

Mientras, en el palco de honor el **rey Felipe** trataba de ejercer de Príncipe de Girona y mantenía su gesto impertérrito. Lo natural en alguien «tan bien preparado» como nuestro monarca. Estoy segura de que tampoco hubiera mudado el rostro si se abriese el telón del Teatro Real y encontrara a la **reina Letizia** jugando a los médicos con **Antonio García Trevijano** [por decir algún republicano proverbial que no se dedique a regalar *Juego de Tronos*].

La macropitada de ayer se esperaba desde que Barça y Athletic pasaron a la final. El cerrilismo no entiende el respeto al himno español. O como dice **Pablo Iglesias:** «Esa pachanga fachosa». A veces pienso que si sustituyéramos la *Marcha Real* por *Suspiros de España*, mucho más emocionante, los independentistas [incluido **Joan Laporta** rampante] pitarían menos y los patriotas lloraríamos más.

«Felipe VI tampoco hubiera mudado el gesto si se hubiera encontrado a la Reina con Trevijano»

¿La solución? **Villar** debería haber regalado al público una decena de miles de matasuegras. *Tururuuuuuu*, hubieran pitado mientras se desenrollaba el papel como si se tratase de la virilidad de Jordi Pujol Ferrusola.

El nacionalismo en la Unión Europea es un poco como el micropene del constructror.

Y toda esta chulería *por eso*.